

CAPÍTULO V

LA CONCEPCIÓN CALVINISTA DEL PECADO Y SUS EFECTOS EN LA CULTURA

Para una evaluación apropiada de la cultura moderna, es de suprema importancia la cuestión del pecado y sus efectos sobre el hombre y su mundo. Sería totalmente irreal decir que todo eso está bien como lo hacen los Normalistas de quienes A. Kuyper hace mención. Pues como están comprometidos con un naturalismo evolucionista, se rehúsan a considerar cualquier otro dato que no sea natural.¹ Por otro lado, debido a su caída en el pecado, el hombre no se transformó en algo menos que hombre; no, él no perdió su humanidad. El hombre no se convirtió en un animal o en un demonio cuando transgredió el pacto de su Dios. Ciertamente, sí se volvió éticamente alienado y moralmente depravado, pero retuvo su naturaleza religiosa y su *sensus deitatis* (conciencia de Dios). Esencialmente, en la estructura de su condición de criatura, el hombre permaneció igual, pero funcionalmente se alejó de su rectitud original. Se cambió la dirección de su vida; se descarriló de su verdadera meta en la vida; ya no continuó buscando a Dios como su máximo gozo. Se

torció su relación con Dios y, de hecho, se convirtió en una relación de enemistad, y en consecuencia, el hombre se convirtió en un extraño para sí mismo, para sus semejantes y en un vagabundo en la tierra, puesto que fue exiliado de su verdadero hogar, el paraíso de Dios.

Con esto como una declaración preliminar, consideremos ahora con más detalle, tanto negativa como positivamente, cuáles han sido los resultados del pecado.

Debe ser inequívocamente claro que el pecado no invalidó el mandato cultural ni excusa al hombre de cumplir su tarea cultural. El hecho que el hombre ha quebrantado (transgredido) la ley de Dios no implica que la ley de Dios ha sido abolida, que ha perdido su fuerza para la vida del hombre como criatura de Dios. Esa ley es inalterable, puesto que es una expresión del ser de Dios, quien es inmutable. El hombre no ha hecho naufragar los planes de Dios, pues, dice Isaías, su consejo permanecerá y hará lo que le plazca (46:10; cf. Prov. 19:21 y Sal. 33:11); todas las cosas ocurren según el consejo de su voluntad (Efe. 1:11). El hom-

1. A. Kuyper, *Calvinismo* (Grand Rapids, 1943), p. 132.

bre realmente se convirtió en un quebrantador del pacto, pero no obstante Dios le tiene por responsable, igual como tenemos al hombre como responsable de sus obligaciones para con la ley. La idea Pelagiana de que la responsabilidad es meramente coincidente con la habilidad no halla respaldo en la Escritura. En lugar de ello, se le dice a Adán que continúe de allí en adelante en su labor con el sudor de su frente, y a su esposa se le dice que dé a luz hijos (*multiplicaos y fructificad*) con pena y dolor. Aunque el hombre rehúse funcionar como titular y vice-regente de Dios, Dios no suprime, por esa causa, ni el pacto ni las demandas de su mandato cultural. Tampoco el pecado destruye completamente la imagen de Dios en el hombre, pues el hombre todavía funciona en este mundo como una criatura racional, moral y cultural. En verdad, la naturaleza del hombre es ahora una deformación (malformación),² pues ya no tiene conocimiento de la verdad, ya no ama aquello que es santo, y ha perdido la verdadera meta de sus esfuerzos culturales.

Pero el hombre no ha perdido su impulso cultural, su instinto de gobernar, su amor por el poder, su habilidad para formar y moldear la materia según su voluntad. Continúa multiplicándose, llenando la tierra con su especie; ama el trabajar y el ejercer dominio sobre las obras de Dios. Usa la luz de la razón para descubrir las leyes del universo con el propósito de capturar el poder de los rayos del sol y la luz para su uso, y trabaja persistentemente la tierra con la maquinaria que su ingeniosidad técnica ha forjado. Edifica casas, compone música, labra y cosecha la tierra, y

desarrolla varios especímenes de animales domesticados para su servicio; alimenta a sus descendientes, vuela a través del espacio y mide las estrellas, y sondea las profundidades de los mares, y asombra a sus semejantes con los descubrimientos de la ciencia moderna, con la promesa de que el mañana será como hoy, solo que mucho más abundante. Todas estas son producciones culturales: ellas constituyen el ambiente secundario del hombre, hacen fructificar la naturaleza, establecen el dominio del hombre sobre el universo. Como tales no han de ser desaprobadas ni ha de negárseles su posición cultural. No hay antítesis entre la naturaleza y la gracia, y no hay razón para negarle a estas obras del hombre un status cultural. En este sentido parecería que la única y apropiada forma de proceder es seguir la terminología y la usanza bíblicas, que no niega el conocimiento al hombre natural, sino que distingue el conocimiento correcto y la santidad de la verdad por medio de la regeneración del conocimiento carnal y de la sabiduría del mundo.³ Pablo no vacila en hablar de la sabiduría de este mundo, aún cuando la designa como necedad a la vista de Dios. De la misma manera, es válido denominar a los esfuerzos que la humanidad hace en la naturaleza, por los cuales esta última da sus frutos para el sostenimiento y disfrute del hombre, como cultura. No resulta, que, como el verdadero fin del hombre, conocer a Dios y disfrutar de Él para siempre, no se alcanza por el esfuerzo cultural del hombre, por lo tanto no podemos y no debemos hablar de los esfuerzos terrenales del hombre como culturales. Es mejor decir que ahora el hombre está produciendo una cul-

2. L. Van Der Zanden, *De Mens Als Beeld Gods* (Kampen, n.d.), pp. 81-103.

3. C. Van Til, *La Defensa de la Fe* (Filadelfia, 1955), pp. 92, 93.

tura impía, que ha apostatado en su empeño cultural. Decir que ahora la cultura es imposible en un mundo enfermo por el pecado es tratar deshonestamente a Dios, quien como Gobernante de cielos y tierra y como el Determinante del destino del hombre está haciendo que sus propósitos sean cumplidos incluso por medio de la rebelión del hombre, de manera que la ira del hombre está alabando a Dios (Sal. 76:10). Claro, es cierto que el hombre en su empeño cultural no alcanzará la meta del hombre perfecto en un mundo perfecto mientras exista en el estado del pecado. Esto sería utopismo, de lo cual el hombre ha sido culpable en repetidas ocasiones. La historia nos brinda un largo registro de esto, como podemos ver por la *República* de Platón, la *Utopía* de More, la *Nueva Atlantis* de Bacon, el retorno de Rousseau a la naturaleza, el Cristianismo social de Saint Simon, la sociedad de clases de Marx, y, para no mencionar más, el *Nuevo Mundo Valiente* de Huxley y *1984* de Orwell.⁴ El hombre no puede reconstruir el mundo perfecto del Paraíso, en el que no se conocía el pecado. Y el reino de Dios no se establece por el esfuerzo cultural del hombre, simplemente por sojuzgar la tierra y liberar a la humanidad de la pobreza, puesto que la cultura no es lo opuesto de la depravación (cf. Cap. III).

No solo el pecado no abolió la responsabilidad ni destruyó el impulso de la actividad cultural, sino que también permanece el entorno cultural. La buena tierra a la cual el hombre se adapta por diseño creativo, es aún la habitación y el taller del hombre. No solo la tierra física, sino tam-

bién el tiempo como la atmósfera envolvente en la que se hace la historia, permanece para el hombre como criatura. Ciertamente es que la naturaleza tiene ahora enrojecidas sus dientes y sus garras y se ha convertido en una enemiga del hombre, de manera que el huracán le destruye y la serpiente le envenena. Dios ha maldecido la tierra por causa del hombre de manera que produce espinas y cardos y le es necesario trabajar con el sudor de la frente para producir una existencia hasta que vuelva al polvo de donde fue tomado. Sin embargo, la tierra todavía produce sus frutos y produce lo que el hombre necesita para sostenerle como una criatura del tiempo y del espacio. La estratagema de Satanás no destruyó el plan de Dios; no cambió la estructura básica de la realidad. La tierra permanece como el material bruto para el empeño cultural del hombre; el hombre también continúa siendo el portador de la imagen de Dios y la estructura de su ser, racional, moral, y como criatura cultural, no fue destruida por el pecado. Y la ley para el ser del hombre, a decir, el ser fructífero, de sojuzgar y cultivar la tierra con el propósito de tener dominio sobre la tierra, esa ley no fue revocada ni abrogada. Pero la creación completa fue sujeta a vanidad y ahora está esperando el ser liberada de la esclavitud de la corrupción (cf. Rom. 8:18ss).

Sin embargo, el hombre como pecador fue éticamente alienado de su creador, quien es su Señor. Es aún cierto que en Él vivimos y nos movemos y somos (Hch. 17:28) y aunque “en el Seol hiciere mi estrado” Dios estará allí para sustentar mi ser (relación metafísica) (Sal. 139:8); pero, no obstante, es cierto que la relación ética básica del hombre con Dios fue fundamentalmente alterada. Por la desobediencia el

4. H. Van Riesen, *La Sociedad del Futuro*, Tr. D. H. Freeman, (Filadelfia, 1957), pp. 38-64.

hombre se convirtió en el objeto de la ira de Dios, de manera que murió la muerte de la separación espiritual de la fuente de su ser (Gén. 17; Rom. 5:12ss.; I Cor. 15:22). Como resultado, la luz de la existencia del hombre se extinguió y ahora vaga en la oscuridad; su existencia perdió su principio unificador y se tornó quebrantada y desintegrada, y la cultura perdió su verdadero fin, el amor y el servicio al Dios de los cielos. Así pues la religión y la cultura fueron divorciadas, o más bien, la cultura se convirtió en el fin en lugar de ser medio, y el hombre buscó encontrar su principal delicia en sus propias creaciones, las obras de sus manos. Pero el hombre era un rebelde y su orgulloso corazón se endureció. Se convirtió en un enemigo de Dios, y su santidad se transformó en impureza, infectando así todas sus obras con el pecado. En su separación de Dios, en cuya única luz el hombre puede ver la verdad, el hombre perdió su espíritu universal – ya no fue capaz de ver la vida con significado y de forma total, sino que su cultura se fragmentó. Por su especialización el hombre ve solo parte de la realidad, pero no ve su relación con el todo, ni tampoco asciende desde su condición de criatura hasta el creador. En su apostasía el hombre se ha enamorado del cosmos o de algún aspecto de la realidad, y adora a la criatura en lugar de al creador. El pecador ya no ve a Dios en su divina auto-revelación, pero toma la apariencia de la realidad haciendo de este mundo lo central y más importante de todo. “Lo que una vez fue el espejo de la belleza divina ha sido hecho añicos por el pecado y convertido en muchos fragmentos, y el hombre, tomando uno de ellos, podía ahora ver solamente su propio reflejo en el cristal.”⁵ Wencelius continúa diciendo que, “El pecador ya no es capaz de distinguir entre la belleza falsa y la

belleza verdadera. El diablo distorsiona nuestra visión e incita a los pecadores a deformarla de tal manera que ya no podamos ver la belleza como una realidad sensible” (*Ibid.*, p. 164). Así pues, la cultura, en el estado de pecado, puede compararse a la rama de un árbol floreciente que ha sido arrancada de su tronco. Hay aún mucha belleza y exquisitez en el mundo, pero no tiene vitalidad perdurable; está separada de la fuente de su vida y se marchitará y decaerá como lo hicieron todas las culturas de la civilización antigua. El Espíritu del Señor sopló sobre ella, toda carne es hierba y la impiedad de ella como la flor del campo (Is. 40:6-8).

Como resultado de esta perversión del verdadero fin del hombre, encontramos en el campo de las artes clichés impíos como “arte por amor al arte.” El amor por la belleza se transforma en lo central y más importante de todo para los esfuerzos del artista, si es que en realidad no se degenera en aquella glorificación del cuerpo en el cual un ideal pervertido del sexo, el cual provee para la gratificación de la carne por motivo de ganancia, se transforma en la característica dominante.⁶ El hecho triste es que los hombres ya no ven la función apropiada del arte como “una elevación imaginaria de la vida en dirección de lo per-

5. Leon G. Wencelius, “El Mundo de Dios y la Cultura,” en *La Palabra de Dios y la Fe Reformada* (Grand Rapids, 1943), pp. 163, 164).

6. A. Kuyper, *Pro Rege* (Kampen, 1912), Vol. III, pp. 526ss., donde Kuyper profesa su gran aprecio por el arte, pero advierte contra tres grandes peligros: la idolatría del arte, el orgullo pecaminoso en el artista y la adoración de sus talentos; y, el abuso del arte por la ganancia económica al complacer los más bajos instintos de las masas.

fecto,”⁷ sino que se considera al arte como aquella cosa en la vida que le da a los hombres gozo verdadero y provee un medio de separación de la miseria. Sin embargo, esto es una ilusión. No puede cambiar la realidad del pecado y la miseria, el dolor del trabajo y la pena; no es sino imaginario. Y el peligro consiste en confundir la perfección imaginaria con la perfección real, de confundir las creaciones irreales del arte con el mundo real en el cual vivimos. Solo Dios crea la realidad, solo Él tiene el poder de hacer algo nuevo de la nada; pero somos imitadores de Dios, podemos crear una especie de cosmos en la arquitectura; podemos embellecer con formas de la naturaleza nuestra escultura y crear la ilusión de vida real por medio de líneas y tintes en nuestras pinturas, y sondear el misterio del sonido y el sentimiento en la música y la poesía. Pero cuando sustituimos este mundo imaginario con la perfección real que solo Dios revela y requiere de nosotros en nuestra relación con él, entonces caemos en el esteticismo. Esta es la sustitución del arte por la religión (*Op. cit.*, pp. 75, 76).

En el campo de la ciencia los estragos del pecado son también aparentes, pues el hombre desarrolla su poder sobre la naturaleza y hace al mundo sujeto de cultivo, no por causa de Dios y de su servicio, sino para su propia gratificación, para satisfacer su codicia. En todos sus empeños o el hombre se busca a sí mismo, como lo hicieron los titanes pre-diluvianos, los constructores de la Torre de Babel, y Nabucodonosor, o por otro lado, el producto cultural en sí mismo se puede convertir en el fin princi-

pal, como en el caso de mucho de la invención y producción modernas. En el último caso la cultura en sí misma se transforma en el fin del empeño del hombre. El Profesor Schilder dice que el hombre se ha enamorado de las herramientas y ha perdido el ideal de hacer el trabajo que está a la mano – a decir, finalizar la tarea de ser colaboradores de Dios para la gloria de Dios.⁸

Además, la verdadera cultura es constructiva, pero el pecado es destructivo. El pecado crea caos mientras que la verdadera cultura busca la armonía. Piense, por ejemplo, en los estragos que fueron producidos en el mundo antiguo por el orgulloso Nabucodonosor, quien también era, conscientemente, un edificador de cultura, y por su réplica moderna, Hitler, quien destruyó la vida y los valores humanos a gran escala con el propósito de alcanzar un falso ideal de supremacía Aria. Millones fueron liquidados, otros millones sirvieron como esclavos, y los pocos favorecidos que ejercieron el poder usaron aquel privilegio para la auto-glorificación y la auto-gratificación. Pero el juicio de Dios ha sido revelado desde el cielo contra el todo de tal cultura apóstata, de manera que Babilonia se convirtió en una habitación para los chacales y el hombre moderno vive en temor y temblor no vaya a ser que su poder actual para desatar la energía reprimida del átomo se vuelva contra sí mismo como un Frankenstein. Podría esto ser un cumplimiento de las palabras de nuestro Señor, al decir, que en los últimos días los corazones de los hombres desfallecerían por el temor. Mientras tanto, toda la plática valentona de nuestros líderes seculares (e.g. Roosevelt y Chur-

7. E. Brunner, *Cristianismo y Civilización*, Vol. II (New York, 1949), p. 75.

8. K. Schilder, *Christuus en Kultuur* (Franeker, 1953), p. 83.

chill) sobre hacer del mundo un sitio libre del temor no es sino un silbido en la oscuridad, o peor aún, una desafiante rebelión contra el Hijo (cf. Sal. 2).

El hombre en el estado de pecado no es solamente impío, en el sentido antes mencionado del término de ignorar a Dios y glorificarse a sí mismo; sino que se halla también lleno de odio e impurezas, se encuentra éticamente corrupto. No solamente ha perdido el verdadero conocimiento de Dios, sino que ya no conoce la verdad acerca de la realidad creada excepto en un sentido muy atenuado y aproximado, como señala Calvino. Él no solamente es un falso profeta proclamando las mentiras del diablo, sino que también es un sacerdote falsificado, quien adora a la criatura y ama la mentira. Wencelius (*Op. cit.*, p. 165) nos recuerda que el hombre también perdió la verdadera justicia, su sentido de armonía, de la proporción y de la belleza. El hombre ha sido cegado a la belleza, y su sentido de llamado como rey sobre el universo de Dios ha sido entorpecido. El pecado ha separado al hombre de su Dios, quien es la fuente de la belleza creada y quien determina la verdad por medio de su ley y de su interpretación, y, por lo tanto, el hombre en pecado no puede alcanzar la armonía del paraíso perfecto en sus creaciones de arte; solamente puede reflejar aquello que es mediado por su conciencia corrompida por el pecado.

Pero, más que eso, el hombre no solo se halla fuera de contacto con Dios y con su mundo, él también es un extraño para la humanidad; es decir, hay un abismo de malos entendidos y odios que separaron al hombre de su prójimo. Culturalmente esto tiene un efecto perjudicial. Babel es el ejem-

plo principal del fracaso cultural del hombre debido a los malos entendidos, pero la labor constructiva a la cual el hombre fue llamado por su creador en el mandato cultural ha sido estorbado por guerras y rumores de guerras a lo largo de toda la historia humana. Más de la mitad del presupuesto de las naciones modernas está siendo gastado en guerras, pasadas, presentes y futuras, inmovilizando así a la mitad del poder humano de las naciones que debería estar esforzándose en alcanzar logros constructivos. Añada a esto el costo del crimen en países como los Estados Unidos, el costo de la industria del licor y la degradación social y la depravación cultural del alcoholismo, la adicción a narcóticos, las enfermedades venéreas, el dinero gastado en apuestas, pornografía, y otras formas de degradación y nihilismo cultural. Además, la cultura Americana es materialista, mammonista. Es una cultura de desarrollar, producir y usar las cosas técnicas. Es una civilización de apretar botones en la que los poetas y profetas lamentan la falta de discernimiento y aprecio espiritual. De hecho, la literatura y el drama abundan con obras en las que representan la falta de significado de la vida, como Tillich nos lo recuerda vez tras vez.⁹ Vanidad de vanidades, dijo el Predicador, todo es vanidad y un perseguir al viento (Ecl. 1:2). El hombre como criatura cultural en el estado de pecado es como un caballo en una banda rotatoria; nunca llega al fin del camino, nunca termina. Los hombres de visión entienden que el progreso es también un ideal vano, y un perseguir al viento. El hombre ya no aguanta más. Necesita un rejuvenecimiento espiritual. Vive condenado a muerte, pero

9. Paul Tillich, *El Valor de Ser* (New Haven, 1955), p. 143.

incluso un indulto no puede darle esperanza, porque está sin Cristo, y por tanto, sin esperanza en el mundo. Su principal deleite se encuentra en los deseos de los ojos, los deseos de la carne y la vanagloria de la vida (I Juan 2:16), pero estas pasarán con las modas de este mundo. El hombre moderno se destruye a sí mismo, no solamente con guerras, crímenes y alcohol, sino que destruye la familia, aquella unidad perfecta de la bondad creativa de Dios, y trastorna así a la sociedad toda, desarraigando estados y naciones con el solvente del pecado. El hombre perfecto es aún un frívolo sueño y la sociedad perfecta es una ilusión utópica del hombre en su alienación de la fuente del gozo y la paz verdaderos. Y la parte triste de esto es que el moderno religioso liberal niega la realidad del pecado y su potencia destructiva mientras parlotea piadosamente sobre el establecimiento del reino de Dios por medio de los esfuerzos culturales del hombre. Esto es peor que la ceguera espiritual: ¡es blasfemia!

Como resultado del pecado en este mundo hay ahora una división en la raza, lo que conduce a una antítesis cultural, basada en la bifurcación espiritual establecida por el Dios de los cielos. Este hecho será discutido con más detalle en la parte tres.